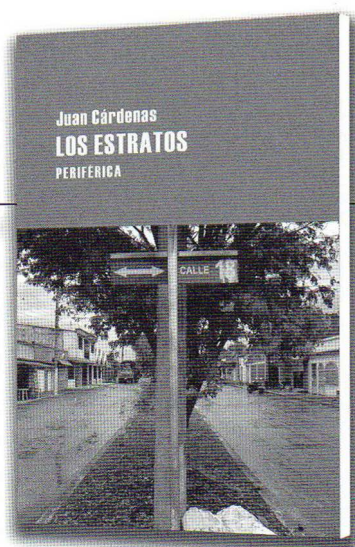


EL TODO Y LAS PARTES

Olga Bernad



Los estratos

Juan Cárdenas
Periférica: Cáceres, 2013
204 págs.

■ EL ELEMENTO DESENCADENANTE DE LA ACCIÓN es apenas una anécdota, un recuerdo que irrumpe en una escena del presente perfecto del protagonista. La piscina de la urbanización en la que vive le lleva a otras aguas más aceitosas y tóxicas, el caldo de la bahía, desde donde un recuerdo incompleto de su infancia tira tan suavemente de él que le resulta imposible ignorarlo.

La necesidad de completar ese recuerdo arrastra al personaje central a iniciar un viaje que nos llevará por los distintos estratos de la sociedad colombiana. De los paisajes humanizados de la clase alta (urbanizaciones, hoteles de lujo, psiquiatra personal) a los de clase media (la casa de su tía es la primera parada, pero también visitaremos centros comerciales, parques y aparcamientos); de ahí a los suburbios donde busca a su vieja nana, la compañera del recuerdo borroso que no acaba de atrapar; hoteles por hora, barriadas, vertederos, lugares de misterio: antiguos camposantos, un asilo para ancianos demenciados... y, como último límite, la selva, o al menos su intuición extrema e invasora. Un recorrido fluvial que quizá desemboca en ese centro donde arde incomprensiblemente algo que olvidó.

Pero los estratos tienen contornos difusos. Es fácil ir cayendo de uno a otro y lo fronterizo es también un espacio con personalidad propia en la novela. Los personajes secundarios habitan esos estratos y los informan o abren puertas de un territorio a otro. Son, en cualquier caso, partes básicas del puzle. El protagonista no sabe qué pieza busca, una que falta en sí mismo, en ese perfecto círculo de clase media-alta que está a punto de desmoronarse o explotar. Su empresa, su matrimonio, su cordura o su forma de vivir: todo se nos antoja más frágil e incompleto que el recuerdo que le saca de ahí.

Igual que el perímetro vital está hecho de capas, así también la manera de sentir del protagonista, la acción de la novela y el lenguaje que emplea el autor para narrarla son el resultado de

un paisaje formado por sedimentación. La aparente sencillez y la limpieza del principio prometen una manera de contar que revisa los párrafos enjundiosos y arrebatados del realismo mágico y huye claramente del sofoco telúrico. Sin embargo, en esa ciudad sin nombre llena de los mismos artilugios modernos que las demás ciudades de cualquier parte del mundo, un lector ajeno huele la exuberancia en la profusión vegetal que irá impregnando la novela, en los campesinos, en el detective indio, sus métodos y sus sustancias alucinógenas, en la risa de su amable tío contando un crimen «normal». En la violencia pegajosa, tan atroz y dulzona como un charco de sangre cocinándose bajo la temperatura y la humedad caribeña, extraña como el nombre de sus ingredientes culinarios. Sus parámetros estéticos son el resultado de varias coordenadas que se ajustan. Nos da la sensación de ser una novela profundamente moderna, si el oxímoron es posible, donde las teorías, de haberlas, no se explican forzando el discurso ni abusando del ensayo, sino mostrando al personaje en los varios espacios y tiempos. Y, sin embargo, esos tiempos y esos espacios nos dejan en el cielo de la boca un sabor exótico que entendemos como «tradicional». Poco a poco se introduce en la historia, además, un aire fantasioso que la hace especialmente atractiva.

Hay algo en *Los estratos* de la composición secreta de un perfume. Hay riesgo. Por poner un ejemplo gráfico: asistimos a un momento en el que el niño recuerda las pinturas en el techo del autobús al que subió el día de su recuerdo. Vemos la imagen de unos astronautas clavando la bandera en la superficie lunar junto a un paisaje en el que la cabeza del Che Guevara ocupa el lugar del sol. Vemos una ciudad de ciencia ficción con naves que vuelan entre sus rascacielos. Adán y Eva comiéndose una papaya pueden resultar sublimes o grotescos. O incluso *deben* resultar sublimes y grotescos. Podemos aislar los distintos olores, la inspiración o la base intelectual, podemos analizar el mito o la historia, separar la civilización de la barbarie, pero la fórmula magistral que concierta las dosis es lo que puede producir un desastre o acabar seduciendo. *Los estratos* seducen. Y lo hacen con tal naturalidad que me pregunto si es fruto del azar o esconden en su fondo una enorme ambición puesta en pie sin altisonancia: dar la vuelta (a la vez) a la visión canónica de la novela hispanoamericana y a la ortodoxia posmoderna. ●